

algunos momentos el hueco practicado en el lienzo de pared que diera paso poco antes á Sed de amor. Luego, oprimiendo con la mano su corazón, y sacudiendo la cabeza como para liberarla de ideas infortunadas fué á abrir una de las ventanas.

El desconocido de la capa que vigilaba en el sobradillo, acercóse al oír que abrían la ventana.

— Maestro, — dijo la joven señalando á la sombría fachada del hotel vecino, — la señora marquesa de Villanueva-Marsan está de regreso desde ayer noche; ¿lo sabíais?

— Lo sabía; — respondió el enigmático personaje.

— Háblame del otro... ¿Hiciste lo que te dije?

— Está hecho: os he obedecido.

— ¿Dos gotas?

— Dos, maestro.

— ¿No se ha percatado de nada?

— De nada. Está loco por mí.

— ¿Y el otro? Me refiero al joven loco...

Fiamma se cubrió un momento los ojos.

— El otro, — dijo enseguida — se dirige ahora al Prado de los Clérigos... Maestro, ¡haced que las espadas no le maten!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VII

## EL FRUTO DE LA SANGRE

Como diez y nueve años antes de la época en que comienza esta historia, sucedió que un día, ya bien anochecido, el señor Garrote, propietario de un viñedo en el lugar llamado Barbotan, en el bajo Armañac, viudo y padre de un niño de pocos años, disponíase á reintegrar su humilde cabaña cuando hubo de tropezar en un paquete que le pareció pesado y blando, colocado casi en el umbral de aquella.

Como quiera que tras de la puerta, cerrada con llave, su hijo, que á la sazón contaba como unos seis años, armaba gran ruido llamando al mismo tiempo en su socorro, el buen Garrote, desdeñando por el momento el bulto con que acababa de tropezar, se apresuró á abrir la puerta. Hecho lo cual y encendida una resina examinó con cuidado á su unigénito, quien no tenía daño alguno.

— Vamos á ver, Matraca, ¿qué es lo que ha sucedido?  
— le preguntó ansioso.

Digamos aquí que como los vecinos del viñedo ignoraban el nombre del niño, habíanlo bautizado con el nombre de Matraca, por analogía con el de Garrote que daban á su padre.

El pequeño refirió entonces algo muy extraño. Dijo que había oído cómo alguien llamaba á la puerta; que enseguida estalló griterio de mujeres y lloros de criatura; que luego oyó una galopada de hombres de armas que se alejaban al correr de sus monturas jurando y blasfemando de un modo horrible. Después un grito, un grito horroroso le había helado la sangre en las venas... Y no sabía nada más, sino que tenía miedo, mucho miedo...

Garrote, al principio, creyó que su hijo había sido víctima de una pesadilla. Pero recordó enseguida el bulto inerte con el que tropezara antes de entrar, y alarmándose ya un tanto, abrió de nuevo la puerta alumbrándose con la resina.

Un horrible espectáculo se ofreció entonces á sus ojos, dilatados por el espanto, y el hombre estuvo á punto de caer. De tal modo temblábanle las piernas.

— ¡Que el señor nos valga á todos! — murmuró santiguándose. — ¡Creo que la pobre ha ido bien servida!

Tendida cerca del escalón que daba acceso á la cabaña, yacía en efecto una mujer, joven aún, sobre un gran charco de sangre.

La desdichada estaba muerta, y sus ojos vidriosos expresaban aún un espanto indecible.

Toda la parte alta del cuerpo hallábase cubierta con una capa de encaje blanco arrollada en forma de bola. Acercóse Garrote, ganoso de reconocer exactamente la naturaleza de aquel envoltorio, y de nuevo el estupor paralizó sus movimientos.

— ¡Un niño, bondad divina! — exclamó. — ¡Tiene un niño colgado del pecho!

Así era en efecto. Acostado sobre la difunta, un niño de pecho, cuyas lágrimas no se habían aun acabado de secar en el borde de sus párpados, descansaba mal cubierto por los encajes enrojecidos por la sangre. Y como si inconscientemente hubiera querido aumentar el horror de la escena, la pobre criatura oprimía el seno agotado de la sinventura con sus manezuelas, sonrosadas, buscando en vano una gota de elixir de vida en el pezón frío y ya rígido por la muerte.

El pequeño Matraca, que habíase deslizado en silencio tras de su padre, vió la criatura.

— ¡Está mamando, padre! — exclamó.

Garrote apartó la vista con horror, murmurando:

— ¡Lo que mama el pobre monstruo es sangre!

Afortunadamente para la criatura, era el viñador hombre de buenos sentimientos y de alma sensible. El niño fué pues llevado á la cabaña y acostado en el propio lecho de Matraca. No tenía golpes graves; pero el infeliz, que contaría escasamente un año, presentaba el cuerpo cubierto de heridas, no recientes, sino ya á punto de cicatrizar. Hubiérase dicho que, despeñado desde una altura, había rodado largo trecho, lastimándose y desgarrándose las carnes durante su carrera

hacia una muerte que no quiso por lo visto de él!

También la muerta tuvo su lecho de reposo; el de Garrote, quien pasó la noche velándola. El bailío, á la mañana siguiente, ordenó una información para esclarecimiento de los hechos, dispuso que fuese inhumado el cuerpo de la extranjera, y autorizó á Garrote para adoptar al infeliz huerfanito.

Justo es confesar que la desconocida tan vilmente asesinada tuvo mejores funerales de lo que era dado esperar, en vista del misterio que rodeaba todo lo relativo al crimen de que fuera víctima; y acompañada por todas las comadres de los pueblecillos del contorno hizo su entrada en el cementerio humilde sombreado por los altos muros de un antiguo convento de religiosos templarios.

La instrucción, como es natural, no dió resultado alguno. Nadie había visto nada. No fué posible indagar el porqué de aquel crimen misterioso, porque la muerte había sellado los labios de la víctima, porque el niño superviviente no podía hacerse comprender, y porque si bien Matraca declaró haber oído rumores de lucha, como no pudo ver á los actores del drama por hallarse encerrado en la cabaña, vióse en la impasibilidad de dar detalle alguno acerca de ellos.

Y sin embargo, algo había que hubiera podido arrojar alguna luz en aquel tenebroso asunto. Ese algo lo componían un pergamino que fué encontrado entre las ropas de la muerta, y un medallón que la infeliz llevaba suspendido al cuello.

¿Qué decía el pergamino? No fué posible averi-

guarlo. Hallábase de tal modo manchado y roto, que las letras que aún era fácil distinguir en los sitios menos deteriorados constituían una especie de enigma: un jeroglífico indescifrable. También aparecieron borrosísimas la imagen y la leyenda contenidas en el medallón. Y en vista de todo ello, el bailío, que no era precisamente un lince, y que no gustaba de calentarse la cabeza, declaró ambos objetos sin importancia alguna.

Depositario de ambas reliquias, Garrote concibió la ingeniosa idea de someterlas al examen y apreciación de un monje anciano, reputado por su saber, quien tras maduras reflexiones y prolijo examen, declaró que en el pergamino sólo era posible descifrar lo siguiente:

CH... BER...

ARMAMORTE

Cuanto al medallón, un exergo de la bella Angélica libertada del monstruo por el paladín Roger, llevaba, al decir del sabio monje, esta altanera divisa:

¿CUR NON?

lo cual quiere decir « ¿Por qué no? » con dos letras á guisa de firma: una C y una B.

Con estas explicaciones quedó Garrote tan enterado como antes, aunque pensando en lo estúpido de escribir en lenguas de tal modo desconocidas hasta de los monjes más sabios.

Decíase sin embargo el viñador que las letras del pergamino debieron componer parte del nombre ape-

lido y títulos del niño por él recogido; y como por otra parte las comadres vecinas opinaron que una criatura encontrada entre riquísimos encajes debía forzosamente pertenecer á la más elevada clase de la sociedad, todos á una, quizás á modo de broma, tal vez obedeciendo sin saberlo al respeto que les inspiraba todo lo atañadero á la nobleza, baulizaron al pequeño desconocido con el nombre de Bernardo Armamorte, haciéndole además caballero.

Pasaron los años sin que jamás rayo de luz alguna llegara á iluminar un poco el angustioso misterio de aquella noche fatal. La familia Garrote, aumentada del modo que dejamos dicho en una unidad, vió al mismo tiempo aumentarse su bienestar, gracias al trabajo cada vez mejor remunerado del padre adoptivo del caballero, y gracias asimismo á las liberalidades de los castellanos de Hordose, de Pondenas, de Gabardan y de Briac. que tenían á gala hacer ver que no habían caído para ellos en saco roto las palabras de Juana de Albret, la cual hubo de decir que se preocupaba en gran manera del bienestar de un hombre que llevaba su bondad hasta el punto de aceptar una carga nueva no obstante su notoria pobreza.

En el fondo, los gentileshombres aliados al rey de Navarra, príncipe de Bearn, pensaban que aquel desgraciado y misterioso huérfano podía muy bien ser uno de los suyos, porque era lo cierto que al amparo de la religión reformada unas veces, y otras bajo el manto de la religión romana, habían sido exterminados muchos, pero muchos individuos de nobles casas, católicas ó

calvinistas. Desgraciadamente era aquel un tiempo en que todo individuo, papista ó hugonote, tenía siempre motivos para deplorar su error y en el que, á veces por motivos inconfesables, se asesinaba á las gentes para mayor gloria de aquel que dijo: « Amaos los unos á los otros », tomando ambos bandos rivales, como justificación de su conducta, y para poner de acuerdo los hechos con las palabras, esta doctrina anabaptista: « Quien bien ama, bien castiga ».

Decíamos pues, que con el caballero parecía haber entrado en la cabaña de Garrote la bendición del Todopoderoso. Ensanchábase su predio, marchaban bien los negocios, y ahorraba sus buenos dineros que iban amontonándose en un fondo de reserva. Matraca, que habíase hecho ya un adolescente calculador y positivista, atribuía á la presencia en su casa del niño desconocido la prosperidad que observaba en torno suyo, y comenzó á sentir por él una especie de culto en el que el respeto fué poco á poco ganando el sitio que al principio ocupaban la amistad y la camaradería.

No había en dicho respeto nada de obsequiosidad, ni asomo alguno de adulación. Matraca se acostumbró á ver en Bernardo un ser de esencia superior, y soñando en su propia fortuna agregóse á la persona del caballero, íntimamente convencido de que solo honor y provecho había de encontrar en el modesto empleo de satélite que se adjudicaba á sí mismo.

En realidad, al cumplir los doce años, Bernardo de Arma, que había suprimido la mitad del apellido que se le antojaba demasiado lúgubre, poseía todas las cuali-

dades del verdadero gentilhombre : belleza física, inteligencia, fuerza y voluntad.

Habíalo Garrote vigilado estrechamente durante los siete primeros años, temeroso siempre de un inopinado retorno de los asesinos de la dama desconocida; pero como éstos no se mostraron, ó por ignorar la existencia del niño, ó por parecerles inútil la muerte de un ser de tan escasa importancia, sus temores fueron desvaneciéndose poco á poco, hasta el punto de que observado por él el poco gusto que su hijo parecía mostrar por los trabajos del campo, le abandonó en absoluto la custodia de Bernardo, abandono del que el joven Matraca se mostró enorgullecido.

Todas las semanas, sin dejar una, Bernardo visitaba á la muerta desconocida — su madre, creía él — en la tumba del cementerio de los templarios en la que dominaba una cruz con esta fecha : « 15 Febrero 1538. » Dijérase que la sombra de aquella cruz le protegía. Sus visitas á la tumba le proporcionaron en efecto ocasión de conocer á dos personas sin las cuales no hubiera llegado nunca sin duda alguna á donde más tarde debía llegar.

La primera de ellas fué el anciano monje á quien Garrote consultara en otro tiempo. Dicho anciano hubo de interesarse por el hermoso adolescente y quiso hacer algo por él comunicándole toda su ciencia. Era modesto su saber, pero muy suficiente para aquellos tiempos, y Bernardo se lo asimiló con facilidad portentosa.

La segunda de sus amistades fué la de un maestro de armas del capitán Lanoue brazo de hierro, residente en

el castillo de Briac, situado á menos de tres leguas de Barbotan.

La Fraicheur — tal era el nombre del maestro — rió de buena gana cuando Bernardo le pidió, de buenas á primeras, que le enseñase su arte. Sin embargo, rectificando su primera impresión después de examinar detenidamente el enérgico semblante del muchacho, consintió por fin en poner una espada entre sus manos.

Si corto fué el tiempo por el adolescente caballero empleado en asimilarse los principios de las letras y de las ciencias, de creer es que en lo referente á la esgrima poseía la ciencia infusa, pues á las pocas lecciones La Fraicheur hubo de confesarse que no obstante su larga práctica de todos los golpes conocidos, veríase pronto en la imposibilidad de oponer la parada requerida por los ataques. cada vez más furiosos y más seguros, de su fogoso discípulo.

Así era en efecto. En cuanto sus dedillos de acero oprimían la empuñadura de una espada transformábase el adolescente. Llameaban sus ojos, enrojecíase su semblante y su cuerpo adquiría elasticidad de felino. Desdeñando el cubrirse y abandonando la guardia tiraba uno tras otro los golpes con tal impetuosidad, pasaba con presteza tanta é inventaba estocadas tan estupendas y de precisión tan metódica, que hubiérase dicho que poseía un código especial, extraño á todas las reglas conocidas. Entonces el maestro rompía y ordenaba descanso, ante el temor de ver comprometida su dignidad al ser tocado en medio del pecho.

Inútil es decir que Matraca asistía á las lecciones del monje lo mismo que á los asaltos de esgrima, en clase de oyente ó de aficionado á quien nada interesa.

Algo le interesaba sin embargo. En el castillo de Briac había hecho conocimiento con cierta sirvienta vasca llamada Reinalda, y la tal Reinalda interesábale en grado sumo, aun cuando él mismo no hubiera sabido decir porqué.

Si la satisfacción le embargaba viendo á su amo instruirse con extraordinaria rapidez, era sencillamente porque, considerando en su fuero interno á Bernardo como su estrella, como la estrella que debía guiarle á través de la vida, decíase, no sin cierta lógica, que las estrellas se han hecho para brillar. En lo referente á él mismo, Matraca abrigaba la secreta esperanza de no verse precisado jamás á emprender trabajos tan fastidiosos ó llenos de peligros como los en que se ocupaba su amo. Era un rústico algo filósofo, bastante cobarde, y perezoso en grado superlativo.

Es cosa sabida y averiguada que el caballero no se servía jamás de Matraca. Sin embargo, Matraca obstinábale en servir al caballero á conciencia, esto es, no haciendo absolutamente nada, y no siéndole de ninguna utilidad. ¡ Abandonar al caballero! ¡ Ah, no! Eso nunca. Tenía por él gran afecto: el que se tiene por lo que nos parece que debe convertirse en provecho cierto y esperado. Eso era todo. Como se ve, Matraca era un carácter y hombre de pasta excelente.

Cuando Bernardo cumplió los catorce años, las muchachas comenzaron á mirarlo con interés. Dijérase

que ya entonces brillaba en su frente el signo de los predestinados del amor.

En la tarde del 15 de Febrero de 1571, décimotercero aniversario de la muerte de su madre, Bernardo de Arma fué á visitar la tumba de la que le diera el ser.

En la plaza de la Iglesia pudo observar un campamento de gitanos llegados al lugar pocos días antes. A la puerta de una tienda, la principal, la mayor de todas, dos caballeros hablaban con una hermosa egipcia.

Sin conceder á lo que veía la menor importancia, Bernardo penetró en el cementerio; razón por la cual no pudo oír cómo uno de los caballeros, señalándole con el dedo preguntaba:

— ¿Es ese. Phtah?

La egipcia contestó:

— Los astros no engañan nunca. Ya sabía yo que iría al cementerio... Sí, él es.

Mientras tanto, Bernardo habíase arrodillado ante la cruz de madera que llevaba la inscripción « 15 Febrero 1558 ». Estaba solo. Era aquella la primera vez que Matraca no seguía á su estrella desde que se encargara de su custodia.

Al anochecer de aquel mismo día los bohemios levantaron el campo y desaparecieron.

El caballero no regresó á la cabaña, en la que no debía poner los pies nunca más. Había desaparecido sin dejar rastro alguno que indicase la dirección que tomara.

La desaparición del joven fué un dolor inmenso para Matraca y para Garrote. Este comenzó á declinar desde

aquel día, extinguiéndose en la paz dos años más tarde. Y Matraca, desesperado al verse solo en aquel país del que había jurado no salir sino en seguimiento del caballero Bernardo, realizó la paternal herencia, y vendidas cabaña y viñedos, se alejó con dirección al Norte.

El día 15 de Febrero — obsérvese la repetición de esta fecha fatídica — del año 1576 las buenas gentes de Barbotan vieron con no poca sorpresa como un caballero de altivo porte, cubierto de polvo, apeábase de su caballo á la puerta del Campo santo y se dirigía sin vacilar hacia una tumba — la de la desconocida asesinada diez y ocho años antes — besando reverentemente la cruz de madera.

Poco rato después, cuando regresó en busca de su caballo, un hermoso corcel blanco de pura raza árabe, los viñadores del lugar no acababan de reconocer en aquel mancebo imponente, de hermosa prestancia, al hijo adoptivo del difunto Garrote; sin embargo, cuando le vieron tomar el camino de la cabaña, la duda ya no fué posible y todos gritaron á coro:

— ¡ Es el caballero de Arma !

— Es el señor Bernardo !

Era Bernardo en efecto. Cuando se hubo enterado de lo ocurrido durante su ausencia, dedicó un cariñoso recuerdo al buen Garrote y fuése en derechura á Briac donde contra lo que él esperaba, no pudo ver á La Fraicheur, su profesor de esgrima. Este, llevándose consigo á la vasca Reinalda, habia abandonado Briac bastante tiempo antes.

Sólo dos días permaneció Bernardo en Barbotan; y cuando dejó el pueblo para dirigirse en busca de Matraca, á quien quería ver y hablar, dos corazoncitos de otras tantas bearnesas palpitaron con pena. Sí; tan corto espacio de tiempo habia bastado al caballero para hacer dos víctimas. No quiere esto decir que él se hubiese empleado especialmente en conquistar las dos muchachas, sino que era lo cierto que de su persona desprendíase un á modo de fluido de amor irresistible, en términos que ninguna hija de Eva podía verlo sin experimentar una especie de demencia que la arrojaba vencida y palpitante entre sus brazos.

Cuanto á él, era en realidad el enamorado apasionado y delirante que las mujeres desean, si bien ponía no poco de caballeresco empeño en convencer á sus víctimas de que no le era posible otorgarles más que un momento de felicidad: una dicha sin mañana.

¿ De dónde salía el caballero Bernardo, y dónde estuvo durante los cinco años en los que nada se supo de él ?

Más tarde lo explicaremos. Por ahora bástenos consignar que el color bronceo de su tez parecía indicar como casi segura una larga permanencia en el país del sol, del cual no habíase traído otra cosa que su corazón, su espada y su caballo árabe, su yegua mejor dicho, *Djaulia*, cuya blanca capa, estrellada frente y larga cola, habian causado la admiración de los rústicos habitantes de Barbotan.

Un mes empleó el caballero en recorrer, siempre á caballo, la Gascuña, la Guiena y otras provincias cir-

cunvecinas, logrando al fin, al cabo de ese tiempo, ver recompensada su constancia.

En efecto, cierto día en que atravesaba el país agénés á pie, llevando del diestro á su montura, que habíase herido con un guijarro en la cuartilla, hubo de verse detenido por un palurdo tosco y obeso que, luego de prosternarse, trataba de rodearle con los brazos las rodillas. Quiso Bernardo rechazarle, recordando que á veces los salteadores de caminos comenzaban con zalemas su ataque á los viajeros solitarios; pero el ademán que hizo para apartar al villano hubo de quedar en suspenso. Acababa de reconocer la rubicunda fisonomía de su interpelante, y los ojos grandes, redondos, como los que distinguen á la raza bovina; ojos en los que en aquel momento había gruesas lágrimas por más de que la cara aparecía, más que risueña, alegre.

— ¡Caballero! ¡Caballero! ¡Caballero! — gritó el rústico por tres veces.

Al oír aquella voz tendió Bernardo su mano, exclamando alegremente:

— ¡Matraca! ¡Mi buen Matraca!

Matraca se explicó. Habíase fijado en aquel país no para trabajar en él, pues ya sabemos que el trabajo le inspiraba un santo horror, sino para vegetar, con ayuda de su modesto peculio y con el producto de la caza y de la pesca. Era tan grande, tan indestructible su fé en su estrella, que haciendo una nueva concesión á su pereza habíase dicho que sin que él se molestase en buscarla, ella iría á encontrarle donde quiera que se hallase. Los hechos acababan de darle la razón, y

enternecido por esta circunstancia, lloraba de alegría.

Momentos después condujo á Bernardo hasta su casa, pequeña, pero cómoda, que se levantaba en las afueras del burgo de Salvatierra-la-Lemance, frente de un bosque tras del cual, y dominando el valle, distinguíanse los muros y la torre del castillo de Bonaguil.

Allí pasó Bernardo días tranquilos ocupado en la pesca y en la caza. Un día que ambos hombres estaban en acecho en un sitio agreste, á orillas del Lemance, Bernardo, señalando con el dedo Bonaguil preguntó á su huésped:

— ¿Sabes tú quién habita ese castillo?

— Pardiez, señor caballero; con seguridad que es la señora marquesa de Villanueva-Marsan y su hija la señorita Solange.

— ¡Ah! dos damas... Como no se las vé nunca... ¿Es que no salen?

— Jamás.

— ¿Por qué?

— Son dos reclusas.

— ¿Y el marido, el padre?...

— Desde hace tres años que estoy aquí aún no le he visto la punta de la nariz. Parece ser que vive en otro sitio.

No se habló más del asunto.

Bernardo de Arma no gustaba en verdad de las reclusas, verdaderas ciudadelas vivientes cuyo aspecto glacial y desolado aleja toda idea de conquista. En cambio gustaba, y no poco, de cuantas, burguesas ó

damas de alto copete, daban aire á sus refajos, sin que se le importase un ardite la sencillez de las unas ni el orgullo de las otras.

Habiendo tenido ocasión de defender á una ó dos mujeres á quienes molestaban, quedó en el acto establecida su reputación de caballero galante; y como por otra parte llegó cierta vez á tiempo para propinar soberbia paliza á cinco truhanes que proponíanse desbaliar á un perceptor de gabelas, no faltó quien dijo que se ocupaba en purgar el país de malandrines.

No era necesario tanto para que todos los ojos femeninos llameasen en presencia del arrogante joven cuya misión en el mundo parecía ser la de proteger y amar pues que para amar y proteger habíase establecido en el país.

Sin duda el hermoso gentilhomme llegaba de sitios en los que el amor es rey. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que se hizo irresistible en materia amorosa, y que vivía tomando amores aquí y allá, sin contar, casi sin escoger, con gran desesperación y no escaso estorbo de Matraca, que creyó morigerarle y poner freno á sus audacias apodándole Sed de Amor.

No era que digamos la idea muy afortunada. Si el modesto nombre de Bernardo interesaba, el apodo Sed de Amor hizo en cambio verdadero furor, como era de suponer tratándose del caballero. Desde Bergerac hasta Cahors, y desde Agen hasta los Eyzies, todas las mujeres, casadas y solteras, hicieronlo su idolo y el objeto de sus sueños. Le amaron sin conocerlo y lo adoraron una vez conocido. Fué aquello un extravío, un furor,

una locura, de la que Matraca no sabía vengarse más que llorando.

— ¡ Ah, señor caballero! — decía con frecuencia. — ¡ Cuán poca cosa somos! ¿ Cómo imaginar que vos, por ejemplo, no seríais nunca otra cosa que un hombre atacado de inextinguible sed de amor?

Realmente, la satisfacción debilitante de su pasión nunca extinguida por placeres siempre renovados parecía empalidecer ostensiblemente al joven, á quien él consideraba como su estrella.

— Y sin embargo, — pensaba Matraca obstinándose, — ha mamado sangre; lo cual quiere decir que gustará de la sangre.